

Documento de reflexión

Vida comunitaria y apostolado

Cuando reflexionamos buscando la perspectiva apropiada de lo que significa la vida comunitaria para nosotros, es importante que aclaremos la naturaleza de nuestra vida comunitaria. Porque la vida comunitaria significa una cosa para los trapenses o para los religiosos de clausura, y otra muy distinta para nuestras congregaciones que realizan un apostolado activo. Tenemos que reconocer el **carácter apostólico de nuestra comunidad**.

Comunidad implica mucho más que el simple hecho de vivir bajo el mismo techo, comer juntos, o incluso rezar juntos; tiene que llegar a ser un lugar de franca comunicación realizada en confianza y con respeto mutuo. La vida comunitaria tendría que ser un espacio en el que pudiéramos compartir los sueños y esperanzas más profundos que configuran nuestra identidad, lo mismo que Gaspar y María de Mattias tuvieron sueños y fueron capaces de entusiasmar a otros con sus sueños. Así comenzaron nuestras comunidades! Compartiendo nuestras historias y tradiciones y transmitiéndolas de una generación a otra es cómo crecemos en comunión y reafirmamos una y otra vez lo que somos y cuáles son los valores que compartimos como comunidad. Vivir una vida comunitaria significa compartir un profundo respeto y gratitud por los soñadores de antaño. En la mesa eucarística compartimos sus sueños, los celebramos y recordamos.

En la vida comunitaria muchas veces nos hemos lastimado. Los jóvenes a veces son impacientes y no reconocen el aporte, la vida sacrificada, la dedicación y el testimonio cristiano de sus predecesores, y, al mismo tiempo puede ser que los mayores critiquen y pongan "peros" a las ideas e iniciativas de los jóvenes que buscan nuevas formas para traducir hoy el carisma y la espiritualidad. Tenemos que hacer algo para sanar esas heridas porque, de lo contrario, pueden amargar y envenenar el espíritu.

Como comunidades religiosas que llevan el título de la Sangre de Cristo estamos llamados a misionar mediante la Sangre. Qué importante es que discernamos juntos para escuchar el clamor de la sangre en el mundo de hoy y en nuestro diario vivir! No somos disidentes. Ni individualistas. Estamos en una comunidad que tiene una misión. Con demasiada frecuencia nos ocupamos de nuestras cosas con un olvido total de lo que el otro está haciendo. Y, lamentablemente, algunas veces ni siquiera nos interesa. Preocupados solamente de que nuestro trabajo salga bien!

Muchas veces hacemos alarde de que la hospitalidad es una característica de nuestras comunidades. Extraños y huéspedes se sienten acogidos cuando les abrimos las puertas para recibirlos como recibiríamos a Cristo. En efecto, tener un auténtico espíritu de hospitalidad es una parte importante de nuestra vida en comunidad.

Pero practicar la hospitalidad en la vida comunitaria es mucho más que ser buenos anfitriones para los que vienen a visitarnos, si bien ello es importante! Un aspecto mucho más fundamental del concepto de hospitalidad es el de "partir y compartir el pan de la Eucaristía en nuestra convivencia diaria". Ser hospitalarios con aquéllos con quienes vivimos. Abrir las puertas de nuestro corazón para invitar a nuestros hermanos y hermanas a que entren y compartan sus vidas con nosotros. Compartir con el otro las relaciones comunitarias y la totalidad de la vida de cada día. Este tipo de hospitalidad no es fácil. Desde luego, es mucho más difícil ser "hospitalario" con la hermana o el hermano con los que vivo todos los días que con un huésped que está de pasada! ¿Cómo podemos tener una actitud de acogida con nuestros hermanos o hermanas si los etiquetamos y marcamos, sin darles la posibilidad de cambiar o crecer? ¿Somos recíprocamente

Documento de reflexión

acogedores cuando nos reunimos al cabo de una larga jornada? ¿Tenemos una actitud de apertura para con los demás que los invita a compartir con nosotros sus historias y experiencias? Nuestra espiritualidad nos invita a ser "comunidades eucarísticas" abiertas a esa calidad de comunicación en la totalidad de nuestra vida.

Somos una comunidad apostólica que desea modelar su vida sobre el ideal de comunidad propuesto en los Hechos de los Apóstoles (2, 42-47). El anhelo de comunión está grabado en el alma de todo ser humano de todas las épocas. Nosotros somos un pueblo marcado por un Dios trinitario que es comunión y relación. Las parejas unidas en el sacramento del matrimonio están llamadas a dar testimonio ante el mundo y ante todos los religiosos de la fidelidad y de la naturaleza del amor de Dios a todos nosotros. Pero también nosotros estamos llamados a ser "sacramento de comunión" en un mundo quebrantado y fragmentado. La reconciliación en la vida comunitaria no es una simple opción que puede hacerse o no. Es un imperativo! Es algo esencial a nuestro llamado. Y hoy la exigencia del testimonio profético es más importante que nunca.

Estamos llamados a dar testimonio del proyecto de comunión que Dios tiene para toda la Creación! **"Ruego Padre, que todos sean uno como Tú y Yo somos uno!" (Juan 17, 21).** Este es el Plan de Dios para toda la humanidad, malograda por nuestro pecado y egoísmo, pero reconciliada en la Sangre de Cristo! La calidad de nuestro testimonio comunitario es un aspecto importante de la "nueva evangelización" a la que Juan Pablo II nos convoca. Hemos sido llamados *a una comunidad para una misión en común* y nuestra vida compartida en comunidad será un testimonio de nuestra vida apostólica de servicio. Podríamos decir que nuestra 'vida fraterna en comunidad' constituye nuestro **primer apostolado**.

Estamos llamados a ser **profetas de una nueva humanidad**, testigos y constructores en el mundo de hoy del Proyecto divino para todos. Tenemos que llegar a ser un **sacramento viviente de reconciliación** dando un testimonio radical de que el Reinado de Dios y la comunidad que Dios quiere son posibles! Damos testimonio de esta posibilidad creciendo en comunión unos con otros, con verdadero amor y respeto, aún cuando como seres humanos cada uno tiene su propio carácter, opciones personales, diferentes teologías y modelos de Iglesia, diferentes talentos y dones. Se descarta la competitividad que caracteriza a la sociedad actual y se la reemplaza con un profundo **respeto y gratitud** por las diferencias que nos distinguen y que sólo sirven para aumentar nuestra belleza colectiva.

Celebramos esta sacramentalidad especialmente cuando nos reunimos en torno a la mesa eucarística y cuando nos podemos mirar de frente y reconocemos en lo más profundo que somos hermanos y hermanas. En un mundo en el que cunden el racismo y los prejuicios que dividen a los pueblos y generan odios, nosotros **celebramos nuestras diferencias culturales y nos reconciamos en ellas** cuando compartimos la misma copa en la comida eucarística. Entonces, y sólo entonces, podemos decir con Jesús: 'Este es mi cuerpo y ésta es mi sangre libremente entregados por vosotros'. Nos prometemos mutuamente fidelidad y cuidado. Prometemos "estar" cuando se nos necesite y nos comprometemos a forjar la unidad y la comunión cuando bebemos de la copa la Sangre de Reconciliación. Transformándonos, así, en testigos de la reconciliación en la diversidad.

Vivir una auténtica comunidad es, a la vez, un don y una tarea. Un don, porque Cristo nos ha abierto el camino con su muerte y resurrección. Nos ha indicado el camino y ha vencido el pecado que destruye la comunidad. Con su Sangre hemos sido curados y estamos reconciliados.

Documento de reflexión

Estamos llamados a mirar la Comunidad en su verdadera perspectiva, como el lugar donde encontraremos al Señor. Aprenderemos a ver a nuestros hermanos y hermanas como mediación de la revelación de Dios a nosotros y así nunca estaremos demasiado ocupados como para no abrirles nuestro corazón en actitud de acogida e invitarlos a compartir juntos el pan de vida. Necesitamos paciencia como Dios es paciente con nosotros y nos asegura con su amor a pesar de nuestras deficiencias y reiterados fallos. Tenemos que amarnos unos a otros con ese mismo amor incondicional e indefectible con el que Dios nos ama. Reconciliarnos en comunidad tiene que ver también con el *perdón*. Todos hemos sido heridos alguna vez. Y cargamos nuestras heridas. Y todos hemos herido a otros y somos capaces de volver a hacerlo.

Pero no tenemos que desanimarnos. Las tensiones, las dificultades, los malentendidos y la falta de unidad que encontramos a veces en nuestras comunidades imperfectas también forman parte del proyecto de comunión que Dios nos tiene reservado. El camino hacia una comunidad reconciliada necesariamente comporta la experiencia de la Pasión y Muerte de Cristo y una participación en ellas. El Misterio Pascual sigue siendo el núcleo de las dinámicas que intervienen en la formación de una comunidad. Sólo muriendo a nuestro individualismo y egoísmo podremos renacer a una vida comunitaria nueva, que será una luz en medio de un mundo fracturado y dividido.

(P. Barry Fischer, C.P.P.S., "Towards a Reconciled Community Life" (Hacia una vida comunitaria reconciliada), conferencia dictada en la Jornada Internacional de Espiritualidad a las Adoratrices de la Sangre de Cristo, Roma, septiembre de 1995).